

Olivier Bourdeaut

ESPERANDO A
MISTER BOJANGLES

Traducción del francés de
José Antonio Soriano Marco



Título original: *En attendant Bojangles*

Ilustración de la cubierta: *123RF / Valeriy Kachaev*

Copyright © Éditions Finitude, 2015

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2017

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-778-0

Depósito legal: B-1.539-2017

1ª edición, febrero de 2017

Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1
Capellades, Barcelona

*A mis padres,
por su paciencia y su comprensión,
testimonio cotidiano de su amor*

Hay gente que nunca pierde la cabeza.
Qué horrible debe de ser su vida...

CHARLES BUKOWSKI

Ésta es mi verdadera historia,
con mentiras a diestra y siniestra,
porque así suele ser la vida.

1

Mi padre me había contado que, antes de que yo naciera, se dedicaba a cazar moscas con un arpón. Me enseñó el arpón y una mosca aplastada.

—Lo dejé porque era muy difícil y estaba muy mal pagado —me explicó mientras volvía a guardar su antiguo material en una caja lacada—. Ahora monto talleres mecánicos. Trabajas mucho, pero te ganas muy bien la vida.

Al comienzo del curso escolar, durante las presentaciones que se hacen en las primeras clases, yo hablé, no sin orgullo, de los oficios de mi padre, pero sólo conseguí que me regañaran cariñosamente y se rieran un montón de mí.

«La verdad está mal considerada —pensé decepcionado—. Para una vez que era tan divertida como una mentira...»

En realidad, mi padre era un hombre de leyes.

—¡La ley nos da de comer! —decía, partiéndose de risa, mientras llenaba su pipa.

No era juez, ni diputado, ni notario, ni abogado ni nada por el estilo. Ejercía su actividad gracias a un amigo senador. Con información sobre las nuevas disposiciones legales obtenida en la propia fuente, se había lanzado a ejercer una nueva profesión creada de la nada por el senador. Nuevas normas, nuevo oficio. Así fue como se convirtió en «abridor de talleres». Para conseguir un parque automovilístico en condiciones y seguro, el senador había decidido imponer una inspección técnica a todo el mundo. En consecuencia, los propietarios de utilitarios, limusinas y toda clase de cacharros debían someter su vehículo a una revisión médica para evitar accidentes. Ricos o pobres, todos tenían que pasar por el aro. Y lógicamente, al ser obligatorio, mi padre facturaba mucho, muchísimo. Facturaba la ida y la vuelta, la visita y la contravisita, y, a juzgar por sus carcajadas, le iba la mar de bien.

—¡Salvo vidas, salvo vidas! —exclamaba riendo con la nariz metida en los extractos bancarios.

En aquella época, salvar vidas generaba mucho dinero. Después de abrir una cantidad enorme de talleres, se los vendió a un competidor, para alivio de mamá, a la que no le gustaba demasiado que salvara vidas, pues lo obligaba a trabajar mucho y no lo veíamos casi nunca.

—Trabajo hasta tarde para poder dejarlo pronto —era la respuesta de mi padre, que a mí me costaba entender.

A papá me costaba entenderlo a menudo. Con los años, fui comprendiéndolo un poco más, pero nunca del todo. Ni falta que hacía.

• • •

Él me había dicho que era de nacimiento, pero yo enseguida supe que aquella marca cenicienta y un poco abultada a la derecha del labio inferior, que le daba una bonita sonrisa un poco torcida, se debía a su costumbre de fumar en pipa. Su peinado, con raya en medio y pequeñas ondas a cada lado, me recordaba el del jinete prusiano del cuadro que había en la entrada. Aparte del prusiano y de mi padre, nunca he visto a nadie peinado así. Las cuencas de los ojos, un poco hundidas, y los propios ojos, azules y tirando a saltones, le conferían una mirada peculiar. Penetrante e inquieta. En aquella época, siempre lo veía feliz. De hecho, solía repetir:

—¡Soy un idiota feliz!

A lo que mi madre respondía:

—¡Le tomo la palabra, Georges, le tomo la palabra!

No paraba de canturrear de mala manera. A veces silbaba igual de mal, pero, como todo lo que se hace de corazón, era soportable. Sabía contar historias y, en las pocas ocasiones que no había invitados en casa, venía a inclinar su cuerpo alto y delgado sobre mi cama para dormirme. Con un movimiento de ojos, un bosque, un cabritillo, un gnomo, un ataúd, me desvelaba del todo. La mayoría de las veces, yo acababa dando brincos encima de la cama, muerto de risa, o escondido detrás de la cortina, petrificado.

—Con estos cuentos tan raros hasta podrías dormirte de pie —me decía antes de irse del cuarto.

En eso también podíamos tomarle la palabra. El domingo por la tarde, para compensar todos los excesos de la semana, hacía musculación. Delante del gran espejo con marco dorado y coronado por un enorme y

vistoso lazo, con el torso desnudo y la pipa en la boca, levantaba unas pesas minúsculas mientras escuchaba jazz. Lo llamaba el «gim-tonic», porque de vez en cuando hacía una pausa para tomarse un gin-tonic a grandes tragos y recordarle a mi madre:

—Debería probar con el deporte, Marguerite. Le aseguro que es divertido y que luego se siente uno mucho mejor.

A lo que mi madre, sacando la punta de la lengua y cerrando un ojo mientras intentaba ensartar la aceituna de su martini con una sombrilla en miniatura, respondía:

—Debería probar el zumo de naranja, Georges. Seguro que después el deporte no le parecería tan divertido. Y haga el favor de dejar de llamarme Marguerite. Búsqieme un nombre nuevo o empezaré a mugir como una becerra.

Nunca he sabido muy bien por qué, pero él nunca llamaba a mi madre del mismo modo más de dos días seguidos. Y a ella le gustaba bastante aquella costumbre, aunque se cansaba de algunos nombres antes que de otros. Todas las mañanas, en la cocina, la veía observar a mi padre, seguirlo con una mirada risueña, con la nariz hundida en el cuenco del desayuno o la barbilla apoyada en las manos, mientras esperaba el veredicto.

—¡Ah, no, no puede hacerme eso! ¡Renée no, hoy no! ¡Esta noche tenemos invitados a cenar! —protestaba ella, riéndose.

Luego volvía la cabeza hacia el espejo y saludaba a la nueva Renée con una mueca, a la nueva Joséphine

adoptando un aire digno, a la nueva Marylou hinchando los carrillos...

—Además, no tengo nada en el armario que pegue con Renée.

Mi madre tenía un nombre fijo un único día del año. El 15 de febrero se llamaba Georgette. Tampoco era su auténtico nombre, pero el día de esa santa venía justo después de San Valentín. A mis padres les parecía muy poco romántico sentarse a la mesa de un restaurante rodeados de enamorados forzosos en acto de servicio. Así que todos los años celebraban Santa Georgette en un restaurante vacío y con el personal a su entera disposición. De todas formas, papá opinaba que una fiesta romántica sólo podía tener nombre de mujer.

—Por favor, reserve la mejor mesa a nombre de Georgette y Georges. ¿Puede confirmarme que ya no le queda ninguno de esos horribles pasteles en forma de corazón? ¿No? ¡Menos mal! —decía al pedir mesa en un buen restaurante.

Para ellos, Santa Georgette era cualquier cosa menos el día de los tortolitos.

Después del asunto de los talleres, mi padre ya no necesitaba madrugar para darnos de comer, así que se puso a escribir libros. Mucho, a todas horas. Se sentaba a su gran escritorio, ante el papel, y escribía, se reía escribiendo, escribía de lo que lo hacía reír, llenaba la pipa, el cenicero, la habitación de humo y de tinta el papel. Lo único que se vaciaba eran las tazas de café y las botellas de líquidos combinados. Pero los editores

siempre contestaban lo mismo: «Está bien escrito, es divertido, pero no tiene ni pies ni cabeza.»

—¡Si alguien hubiera visto un libro con pies y cabeza, ya nos habríamos enterado! —decía mi madre para consolarlo de aquellos rechazos, y nos hacía reír mucho.

Mi padre decía de ella que tuteaba a las estrellas, lo que me parecía raro, porque mi madre trataba de usted a todo el mundo, incluso a mí. También le hablaba de usted a la grulla damisela, una elegante e increíble ave que vivía en nuestro piso, por el que paseaba su largo y ondulante cuello negro, sus blancos penachos y sus ojos, de un rojo muy vivo, desde que mis padres la habían traído de un viaje a no sé dónde en su vida de antes. La llamábamos *Doña Superflua*, porque no servía para nada, salvo para chillar muy fuerte sin ton ni son, dejar sus pirámides redonditas sobre el parquet o venir a despertarme por la noche llamando a la puerta de mi cuarto con su pico naranja y verde oliva.

Doña Superflua, como si hubiera escuchado los cuentos raros de mi padre, dormía de pie, con la cabeza bajo el ala. De pequeño, había intentado imitarla muchas veces, pero era muy complicado. A *Superflua* le encantaba que mamá se tumbara a leer en el sofá y se pasara horas acariciándole la cabeza. Como todos los pájaros sabios, amaba la lectura. Un día, a mi madre le dio por llevársela de compras a la ciudad, para lo que le confeccionó una preciosa correa de perlas. Pero *Superflua* se asustó de la gente tanto como la gente de ella y chilló más que nunca. Una señora mayor con un

perro salchicha llegó a decirle a mi madre que pasear un pájaro atado con una correa por la acera era inhumano y peligroso.

—Pelos, plumas, ¿qué más da? ¡*Superflua* nunca ha mordido a nadie, y a mí me parece mucho más elegante que esa bola de pelo suya! ¡Venga, *Superflua*, vámonos a casa, que aquí no hay más que gente vulgar y maleducada!

Mamá llegó al piso hecha una furia y, como siempre que se ponía así, fue a ver a mi padre para contárselo todo de cabo a rabo. Y, como siempre, hasta que acabó no recuperó su jovialidad. Se ponía nerviosa a menudo, pero nunca le duraba mucho, porque la voz de mi padre era un buen calmante. El resto del tiempo se entusiasmaba con todo, encontraba terriblemente divertida la marcha del mundo y la acompañaba dando saltos de alegría. A mí no me trataba ni como a un niño ni como a un adulto, sino más bien como a un personaje de novela. Una novela que le encantaba y en la que se sumergía a todas horas. No quería saber nada de preocupaciones ni de penas.

—Cuando la realidad sea aburrida y triste, invéntese usted una buena historia y cuéntemela. Con lo bien que miente, sería una pena no aprovecharlo.

Entonces yo le contaba mi jornada imaginaria y ella aplaudía frenéticamente, riéndose a carcajadas.

—¡Qué día, mi adorado hijo, qué día! ¡Me alegro mucho por usted, lo debe de haber pasado en grande!

Luego me cubría de besos. Decía que me picoteaba, y a mí me encantaba dejarme picotear por ella. Todas las mañanas, después de recibir su nombre diario, me

confiaba uno de sus guantes de terciopelo recién perfumados para que su mano me guiara el resto del día.

Algunos rasgos de su rostro, sus hermosas mejillas redondeadas y los ojos verdes, chispeantes de alegría, reflejaban aspectos de su carácter infantil. Las vistosas horquillas de nácar, que se ponía sin orden ni concierto para domar su leonina cabellera, le daban una insolencia juguetona de estudiante tardía. Pero sus carnosos labios carmesíes, en los que los finos cigarrillos blancos se mantenían suspendidos de manera milagrosa, y sus largas pestañas, que evaluaban la vida, convencían a cualquiera que la observara de que había madurado. Sus atuendos, un poco extravagantes y elegantes en extremo, al menos en su forma de combinarlos, demostraban al ojo atento que había vivido, que tenía su edad.

Esto escribió mi padre en sus cuadernos privados, que leí más tarde, después. Puede que aquello no tuviera pies, pero desde luego tenía cabeza, y no una cualquiera.

Mis padres bailaban a todas horas, en todas partes. Por la noche, con sus amigos; por la mañana y por la tarde, los dos solos. A veces yo bailaba con ellos. Bailaban de una forma realmente increíble, arrollándolo todo a su paso. Mi padre lanzaba a mi madre al aire y volvía a cogerla por la punta de los dedos después de una pirueta, cuando no eran dos o tres. La hacía pasar entre sus piernas y girar a su alrededor como una veleta, y cuando la soltaba, sin querer, mamá acababa con el trasero en el suelo y el vestido desplegado a su alrededor, como una taza sobre un platillo. Siempre que bailaban

se preparaban cócteles delirantes, con sombrillas, aceitunas, cucharillas y un ejército de botellas.

Sobre la cómoda del salón, ante una enorme fotografía en blanco y negro de mamá saltando a una piscina en traje de noche, había un precioso y viejo tocadiscos en el que siempre ponían el mismo vinilo de Nina Simone y la misma canción: *Mr. Bojangles*. Era el único disco que tenía derecho a girar en aquel aparato; el resto de la música debía conformarse con una cadena de alta fidelidad más moderna y bastante sosa. Aquella canción era realmente loca, triste y a la vez alegre, y hacía que mi madre se pusiera igual. Duraba bastante, pero siempre acababa demasiado pronto, y mamá, aplaudiendo entusiasmada, exclamaba:

—¡Pongámosla otra vez!

Así que había que agarrar el brazo para volver a colocar el diamante en el borde del disco. Sólo un diamante podía producir una música así.

Nuestro piso era muy grande, para poder invitar a la mayor cantidad de gente posible. En el suelo de la entrada, las grandes baldosas blancas y negras formaban un damero gigante. Mi padre había comprado cuarenta cojines blancos y negros y los miércoles por la tarde jugábamos partidas bajo la mirada del jinete prusiano, que hacía de árbitro, aunque nunca decía nada. A veces, *Doña Superflua* venía a interrumpir el juego empujando con la cabeza o picoteando los cojines blancos, sólo los blancos, porque no le gustaban o porque le gustaban mucho, no lo sabíamos, ni lo hemos sabido nunca. *Superflua* tenía sus secretos, como todo el mundo.

En un rincón del vestíbulo había una montaña de cartas que mis padres habían creado arrojando allí, sin abrir, toda la correspondencia que recibían. El montón era tan impresionante que podía zambullirme en él sin hacerme daño; era una montaña alegre y mullida que formaba parte del mobiliario.

—Si no te portas bien —me decía a veces mi padre—, te haré abrir las cartas y clasificarlas.

Pero nunca cumplió su amenaza porque no era malo.

El salón era una auténtica locura. Había dos butacas rojo sangre para que mis padres pudieran sentarse cómodamente a beber, una mesita de cristal con arena de todos los colores en su interior y un enorme sofá acolchado de color azul sobre el que estaba recomendado saltar. Me lo había aconsejado mi madre, que a menudo saltaba conmigo; saltaba tan alto que tocaba la bola de cristal de la lámpara de las mil lucecitas. Mi padre tenía razón: si quería, mamá podía tutear realmente a las estrellas. Frente al sofá, encima de un viejo baúl de viaje cubierto de pegatinas de ciudades, había un pequeño televisor mohoso que ya no funcionaba demasiado bien. En todas las cadenas ponían imágenes de hormigueros en gris, negro y blanco. Para castigarlo por la mala programación, mi padre le había puesto unas orejas de burro.

—Si no te portas bien —me decía a veces—, enciendo la tele.

Ver la televisión durante horas era un espanto. Pero como en el fondo papá no era malo, rara vez lo hacía. A mi madre el aparador le parecía horroroso, así que había colocado allí una hiedra que le encantaba. De ese modo, el mueble se había convertido en una planta

gigantesca que perdía hojas y que había que regar. Era un curioso aparador y una planta curiosa.

En el comedor había todo lo necesario para comer, una mesa grande y muchas sillas para los invitados y, por supuesto, para nosotros, aunque eso era lo de menos. Se llegaba a las habitaciones por un largo pasillo en el que se batían récords de velocidad, según el cronómetro. Mi padre siempre ganaba y *Doña Superflua* perdía continuamente; competir no era lo suyo y además los aplausos la asustaban.

En mi habitación había tres camas: una pequeña, una grande y una mediana. La razón era que siempre había querido guardar las antiguas, porque había pasado muy buenos ratos en ellas, pero ahora me tocaba elegir cada noche. Mi padre opinaba que lo que tenía era una leonera. De una pared colgaba un póster de Claude François con un traje de satén que papá, con la ayuda de un compás, había convertido en diana para dardos, porque según él, François cantaba fatal, cosa a la que, gracias a Dios, había puesto fin la compañía eléctrica, decía, aunque yo no entendía cómo ni por qué, pues aún no sabía que había muerto al desenroscar una bombilla con los pies en la bañera. A veces costaba entender a papá, la verdad.

El suelo de la cocina estaba lleno de macetas con plantas para cocinar, aunque durante la mayor parte del tiempo, como mamá solía olvidarse de regarlas, lo que había eran hierbajos por todas partes. Pero cuando se acordaba de echarles agua siempre se excedía. Las macetas se convertían entonces en coladores y, durante horas, la cocina, en una pista de patinaje. Un caos de mil demonios que duraba lo que la tierra tardaba en

soltar el agua de más. A *Doña Superflua* le encantaba que la cocina se inundara; le recordaba su vida de antes, decía mamá, por eso agitaba las alas e hinchaba el cuello como un pájaro contento. Del techo, entre las sartenes y las cacerolas, colgaba un jamón que daba asco ver, pero que sabía a gloria. Mientras yo estaba en el colegio, mamá cocinaba muchas cosas buenas y las dejaba en la tienda de comida preparada para que nos las llevaran a casa como si fuera un encargo, un truco que impresionaba mucho a los invitados. Como el frigorífico era demasiado pequeño para tantas personas, siempre estaba vacío. Mamá invitaba a comer a un montón de gente a cualquier hora del día: amigos, algunos vecinos —los que no tenían miedo al jaleo—, antiguos compañeros de mi padre, la portera, su marido, el cartero —cuando pasaba en el momento justo—, el tendero —que era del lejano Magreb, pero tenía la tienda justo abajo— e incluso una vez a un viejo harapiento que olía muy mal, pero parecía muy contento.

Mamá estaba reñida con los relojes, así que a veces yo volvía de la escuela para merendar y había pierna de cordero, mientras que en otras ocasiones teníamos que esperar hasta las tantas de la noche para empezar a cenar. En ese caso, hacíamos tiempo bailando y comiendo aceitunas. Podía ocurrir que de tanto bailar se nos quitaran las ganas de comer, y entonces mamá se echaba a llorar en mitad de la noche para mostrarme cuánto lo sentía y me picoteaba estrechándome entre sus brazos, con la cara empapada y oliendo a cóctel. Mi madre era así, y eso era algo que estaba bien.

Los invitados se reían mucho y muy fuerte, y de vez en cuando acababan tan cansados de reír que pasaban

la noche en una de mis otras dos camas. Por la mañana se despertaban con los chillidos de *Doña Superflua*, que no era nada partidaria de que la gente se levantara tarde. Cuando había invitados, yo siempre dormía en la cama grande, así al despertarme los veía encogidos como acordeones en mis camas infantiles, y eso me daba mucha risa.

Tres noches por semana teníamos un invitado. El senador abandonaba su territorio en el centro de Francia para alojarse en su palacio. Mi padre lo llamaba cariñosamente «el Crápula». Nunca he sabido cómo se conocieron, las versiones cambiaban con cada cóctel, pero juntos se lo pasaban en grande. El Crápula llevaba un corte de pelo recto. No recto como una chica, sino a cepillo, pero con ángulos rectos en la parte de arriba; más que recto, era un corte cuadrado, encima de un careto redondo y colorado, dividido en dos por un gran bigote. Llevaba unas finas gafas de acero sostenidas por unas curiosas orejas en forma de cola de gamba. Me había explicado que tenían ese aspecto debido al rugby. Yo no acababa de entenderlo, pero decidí que, en cualquier caso, el «gim-tonic» era un deporte menos peligroso que el rugby, por lo menos para las orejas. Los machacados cartílagos del senador habían adquirido la forma, el color y el aspecto de una gamba, era así, qué se le iba a hacer. Cuando se reía, sacudía todo el cuerpo, y como siempre estaba riéndose, sus hombros eran presa de una agitación permanente. Hablaba alto, chisporroteando como un transistor viejo, y solía llevar encima un puro enorme

que nunca encendía. Cuando llegaba, lo tenía en la mano o en la boca, y cuando se iba volvía a guardarlo en su funda. En cuanto cruzaba la puerta, empezaba a gritar:

—¡Caipiroska, Caipiroska!

Durante mucho tiempo, pensé que su amante rusa se llamaba así, pero ella nunca venía, así que mi padre, para que el senador se calmara, le servía un cóctel muy frío con menta fresca, y de ese modo al menos parecía contento. Mi madre apreciaba mucho al Crápula porque era divertido, no paraba de piroppearla y nos había hecho ganar una brutalidad de dinero, y a mí me caía bien por los mismos motivos, ni más ni menos. Durante los largos bailes nocturnos, intentaba besar a todas las amigas de mi madre. Mi padre decía que siempre estaba a la que saltaba. A veces le funcionaba, y entonces se iba con alguna a su habitación para saltar con ella. Pasados unos minutos, volvía a salir feliz y más rojo que nunca aullando el nombre de su amiguita rusa, porque, a pesar de todo, debía de echarla en falta.

—¡Caipiroska, Caipiroska! —gritaba muy contento mientras volvía a colocarse las gafas sobre las colas de gamba.

Por la mañana se iba a trabajar al palacio de Luxemburgo, que en realidad, por algún motivo que me costaba entender, estaba en París. Decía que iba a trabajar hasta tarde, pero siempre regresaba muy pronto. El senador llevaba una vida curiosa. Al volver aseguraba que su oficio era mucho más divertido antes de la caída del Muro, porque todo se veía más claro. Yo deduje que en su oficina habían tirado una

pared y que por eso las ventanas estaban cubiertas de polvo. Comprendía que volviera pronto, porque ésas no eran condiciones de trabajo, ni siquiera para alguien como él.

—¡El Crápula es mi más caro amigo —declaraba mi padre—, porque su amistad no tiene precio!

Y eso, yo sí lo entendía.

Con el dinero de los talleres, papá se había comprado un precioso castillo en España, bastante lejos, hacia el sur. Un rato en coche, un rato en avión, otro rato en coche y mucha paciencia. Desde el castillo, que estaba en las montañas, a cierta altura sobre un pueblo muy blanco en el que por la tarde nunca había nadie y por la noche salía todo el mundo, sólo se veían pinares, o casi. En la punta de la derecha había unas terrazas llenas de olivos, naranjos y almendros que bajaban meticulosamente hasta la orilla de un embalse azul lechoso cerrado por una presa descomunal. Papá me había dicho que la había construido él y que de no ser por la presa, el agua se habría escapado. Pero como en casa no había ninguna herramienta, a mí me costaba creerlo y me parecía que no hacía falta exagerar tanto. El mar no quedaba muy lejos, pero la costa estaba llena de gente por todas partes, en las playas, los edificios, los restaurantes, los atascos; era muy sorprendente. Mamá decía que no entendía a los veraneantes que salían de la ciudad para ir a otra ciudad, que las playas estaban sucias porque la gente se cubría el cuerpo de sebo para broncearse aunque ya estuviera gorda y sebosa, que había mucho ruido y que olía fatal. Lo que no quitaba

para que nosotros nos bronceáramos en las playitas del lago, en las que casi no había sitio para tres toallas, pero que eran muy chulas. Encima del castillo había una gran terraza con nubes de jazmines, así que olía muy bien. La vista era espectacular. A mis padres les daba sed y bebían vino con fruta dentro, de modo que comíamos un montón de fruta, mañana, tarde y noche, y también bebíamos fruta mientras bailábamos. Por supuesto, *Mr. Bojangles* hacía el viaje con nosotros, y más tarde se nos unía *Doña Superflua*: íbamos a recogerla al aeropuerto porque tenía un estatus muy especial. Viajaba en una caja con un agujero en la tapa por el que sólo podía sacar la cabeza y el cuello, por lo que lógicamente chillaba mucho, y por una vez con razón. Para que pudieran comer fruta, bailar y broncearse a la orilla del lago, mis padres invitaban a todos sus amigos. A éstos, aquello les parecía un verdadero paraíso, y no había ninguna razón para pensar lo contrario. Yo iba al paraíso siempre que quería, pero sobre todo cuando lo decidían mis padres.

Mi madre solía contarme la historia del señor Bojangles. Era como la canción: bonita, bailable y melancólica. Por eso a mis padres les gustaba bailar agarrados con *Mr. Bojangles*, porque era una música para los sentimientos. El señor Bojangles vivía en Nueva Orleans, aunque eso había sido hacía mucho, en los viejos tiempos, que se llamaban así porque no había nada nuevo. Al principio viajaba por el sur de otro continente con su perro y su traje viejo. Pero un día su perro se murió y ya nada volvió a ser igual. Entonces

se iba a bailar a los bares, con el mismo traje viejo de siempre. Bailaba *Mr. Bojangles*, la bailaba a todas horas, como mis padres. Para incitarlo, la gente lo invitaba a cerveza, y entonces él bailaba con aquel pantalón que le iba grande, saltaba muy alto y volvía a posarse en el suelo con suavidad. Mamá me decía que bailaba para que volviera su perro, que ella lo sabía de buena tinta. Y ella bailaba para que volviera el señor Bojangles. Por eso bailaba a todas horas. Simplemente para que volviera.